

Vivir en lo perdido

La voz de Borges, su cara, se desdibujan como la arena impulsada por una ráfaga de lágrimas y retrocede desde el Aeropuerto de Barajas hasta el piso enorme y sombrío de la calle Esmeralda, en Buenos Aires. Yo soy chico. Observo y escucho a ese hombre gris, de movimientos inseguros que entra en la casa de mis tíos, se sienta, habla y, a veces, sonríe de un modo tan inesperado que parece obsceno. Se sienta en el extremo izquierdo del sofá del escritorio y si fuera de día, su rostro recibiría toda la luz de afuera. Pero la lámpara de bronce ilumina la habitación con un color ambarino y en su antigua superficie curva y brillante se reflejan los contornos difusos de dos bibliotecas, de unos cuadros y del propio Borges, también sin límites, perdido en esa discreta penumbra que suele exhibir cuando permanece en silencio.

Como un paisaje lejano contemplado a través de una lupa, veo en el comedor a mis tías y a la madre de Borges que toman el té. Todas tienen un tono de voz parecido y el mismo aspecto etéreo, frágil y anacrónico y utilizan palabras que ya no se usan. Las tazas celestes producen la impresión de un pequeño cielo cóncavo, cálido e íntimo cuando uno bebe de ellas. Siento el aroma y el sabor, después de tantos años, y los disueltos resplandores de una bandeja y una tetera de plata con dibujos e incrustaciones de cobre.

Borges discute con alguien sobre una palabra que en islandés antiguo significa fuego. Las dos posiciones discrepan sólo en un matiz al pronunciar una vocal. Una lejana puerta se abre y se cierra.

Los pasos de mi tío Manuel resuenan con creciente intensidad mientras avanza por el largo pasillo que une las habitaciones con el escritorio. A medida que pasan los años, la longitud del pasillo disminuye; ahora solamente mide unos cuarenta metros. Los pasos de mi tío muerto retumban en este momento como el atronador latido de la sangre. Llega al fin y hace un comentario breve que provoca la risa de todos. Se sienta y dice algo, pero yo no lo oigo.

Sobre un gran escritorio de roble, la lámpara ilumina vagamente un pisapapel esférico de cristal. Dentro del cristal se abren unas flores brillantes, aterciopeladas y enfermizas. Paso mucho tiempo mirándolas e imagino que dentro de la esfera existe otro país.

Al sentarse, mi tío cuida que sus pantalones no se arruguen. Cuando no sale se pone un pijama viejo y una bata muy deteriorada por el uso y camina arrastrando unas zapatillas casi deshechas. Pero ahora se arregla la corbata de seda para que quede un pliegue en el centro y la acaricia entre los dedos con un gesto vago. Le gustan las paradojas y él mismo es un poco contradictorio. Un mendigo dentro de su casa y un aristócrata afuera. Zapatos ingleses, trajes impecables y controlados rasgos de audacia en los colores que elige.

La voz monótona de Borges describe su primer viaje a Suecia y Noruega. «Apenas llegué —dice— fui a la playa para mojar las manos en el Mar del Norte». El Mar del Norte surge entre girones de brumas fantásticas, desconocidas, nostálgicas y envuelve el escritorio, lo invade, y el viento helado y gris desgarrar la luz ambarina.

Unos años después de la muerte de mi tío, Borges me cuenta:

A Manuel lo llamaban «el ingenioso». Una vez caminaba con un amigo detrás de una mujer que, de espaldas, era espectacular. «Apurémonos —dijo Manuel—, la única esperanza es que sea fea de cara». Conocía París y Nueva York mejor que mucha gente que vive en esas ciudades. Podría describir calles y esquinas con mucha precisión y nunca viajó fuera de la Argentina. Creo que nunca salió de un barrio de Buenos Aires.

Durante mi adolescencia, mi tío actúa como un maestro y un consejero. Comemos muchas veces juntos y me cuenta anécdotas de su vida. Es un experto en todo lo que me interesa. Lo rodea un misterioso pasado de amores victoriosos y desgraciados, la mayoría de ellos efímeros. Imito el gesto con que se pasa los dedos por el costado de la cabeza, el modo en que se burla de alguna gente y, más adelante, su manera de vestir.

A partir de 1968, la violencia adquiere prestigio en la Argentina y lentamente, me alejo de él. Es muy conservador y no podemos hablar de política, primero, y de nada, después. Me mira y yo me voy yendo, como de tantas cosas, imperturbable, con una leve sonrisa, como él me enseñó.

Tal vez entonces la política fuera muy importante para mí o quizá fuera un pretexto. Una noche discutimos violentamente. A partir de entonces lo desprecio con una sospechosa intensidad. Después se enferma. Sufre una gran melancolía que se agrava con problemas físicos. Pasan varios años. Se recupera, languidece, está mejor y recae. Lo voy a visitar al sanatorio donde está internado. Su habitación está vacía; parece que nadie hubiera estado allí nunca. Le pregunto a una enfermera. Me mira con un destello de curiosidad y lástima y me dice que acaba de morir. Yo digo «ah» y me voy. Camino asombrado por las calles desiertas como si estuviera solo en el mundo.

En el cementerio hace mucho calor. Es verano y en torno al ataúd hay mucha gente. Yo me mantengo un poco alejado, de pie, cerca de un ciprés y pienso que me miran y susurran: «Ese es el sobrino que lo odiaba». Sus amigos pronuncian discursos. Borges habla sentado, en voz tan baja que pocos lo oyen y con largas pausas, como si los dos continuaran conversando sobre algo que la muerte no pudo interrumpir. Ayudo a llevar el ataúd hasta el panteón familiar donde también está el cuerpo de su madre y estarán los de sus hermanos. La construcción es de granito gris y tiene una

pesada puerta de hierro. Adentro, las paredes son de mármol y hace frío. El olor de las flores se une al de un leve recuerdo de corrupción. Una escalera desciende hacia la oscura profundidad donde se adivinan otros féretros de madera, deslustrados, con empañadas manijas que fueron brillantes y placas de metal donde apenas se pueden leer unos nombres y unas fechas.

Afuera quedan muchas flores, algunas por el suelo, pisoteadas entre cintas de seda violeta con letras doradas. Busco una gran corona de laureles que estuvo toda la noche en un atril junto a su cuerpo, pero no la encuentro.

Borges escribe un poema sobre mi tío que comienza: «Suyo fue el ejercicio generoso/ de la amistad genial. Era el hermano/ a quien podemos, en la hora adversa/ confiarle todo o, sin decirle nada,/ dejarle adivinar lo que no quiere/ confesar el orgullo. Agradecía/ la variedad del orbe, los enigmas/ de la curiosa condición humana... ». Y más adelante: «La nostalgia fue un hábito de su alma./ Le placía vivir en lo perdido...».

En España comienzo a recordarlo con frecuencia. Lo imagino como antes de mis tristes guerras solitarias. Regreso por un mes a Buenos Aires y voy a visitar a Borges para hablar con mi tío muerto. Nuevamente en Madrid, los recuerdos de los dos se unen y se confunden. Las palabras «le placía vivir en lo perdido» me acechan como la memoria de una canción que vuelve y vuelve.

Borges llega a España para presentar su último libro. Lo voy a esperar a Barajas. Sus acompañantes lo bajan del avión en una silla de ruedas para que esté más cómodo. Lo rodean funcionarios de la embajada argentina y de la editorial. Yo lo veo desde lejos y adivino que habla y mira sin ver las voces amables que lo reciben. Detrás de los controles de la aduana están los periodistas y los fotógrafos. Los de la televisión prueban las luces y mueven las cámaras con impaciencia. Cuando por fin sale, lo iluminan tanto que pienso que se va a desprender de la realidad, como una lámina vieja y seca de un álbum. Lo rodean, le preguntan tonterías, le toman fotos y fotos y lo filman.

Me acerco despacio, sin poder dejar de mirar su cara, y en ese momento, los otros desaparecen gradualmente. Estoy a su lado y le digo cómo me llamo. Toma mi mano entre las suyas y creo que empiezo a llorar en silencio. Los focos de la televisión y el rumor de lluvia de las cámaras de los fotógrafos iluminan la escena con una luz rara e intermitente. Exclama algo que no comprendo y me dice: «Qué curioso, estuve pensando en Manuel durante el viaje». Tal vez sea ahora cuando comienzo a llorar. Inclinado sobre Borges en una posición incómoda, con la cabeza baja para que nadie descubra mi llanto, veo que algunas lágrimas caen sobre su hombro. El no se da cuenta. Habla de Manuel y continúa apretándome la mano. Estamos los tres solos y no hay nada ni nadie alrededor. Imagino que él piensa que está hablando con mi tío, que yo soy Manuel. Ya no hay ruidos ni luces y la voz de Borges ocupa ese lugar cerrado, silencioso, donde estamos atrapados.

—Yo quería mucho a Manuel —dice, mientras mi mano continúa entre las suyas. Borges recuerda anécdotas de los dos y de una de mis tías, que sólo pintaba ángeles,

y el piso de la calle Esmeralda y un viejo cuadro que representa una ciudad vista desde el cielo, que yo había olvidado. Inicia un tembloroso movimiento que concluye al soltarme la mano, quizá porque ya se siente protegido por esos fantasmas que tienen para él una existencia más real que yo.

Sus acompañantes dicen algo que no oigo y empujan la silla de ruedas hacia la salida. Con movimientos lentos, las murallas invisibles se derrumban. Cree que sigo a su lado y continúa hablando con mi tío. Las lágrimas comienzan a secarse en mi cara mientras Borges se aleja, seguido de periodistas y funcionarios, hasta que desaparece, oculto por el resplandor de afuera. Yo me quedo solo y quieto, mirando esa luz que oscurece todo.

Óscar Peyrou